

Hugo Marcos Ortiz, «Muerte e inmortalidad» de Sciacca, Firenze, Leo S. Olschki, 2014, xi-121 pp.

En el siglo XX la filosofía ha meditado intensamente sobre la muerte, pero pocos filósofos lo han hecho con tanta profundidad y rigor argumentativo como Michele Federico Sciacca. Seguramente motivado por su maestro Gentile, para quien el hombre se inmortaliza solo en la subjetividad trascendental, no en la propia. Sciacca cuestiona a fondo dicha postura y propone una visión rigurosa y de una serieidad existencial probablemente sin par en la filosofía contemporánea.

El autor del trabajo aquí reseñado demuestra con solvencia que la clave de lectura del pensamiento de Sciacca sobre la muerte es entenderla de modo que el hombre resulte ni más ni menos que hombre. Es decir, que la manera de afrontar la muerte y la inmortalidad responda a la verdad sobre el ser humano, sin elevarlo más allá de sus límites ni rebajarlo a menos de lo que es. La mencionada clave se justifica por la estructura dialéctica del hombre que exige, por un lado, una meditación atenta para no desbalancearlo y es ocasión, por otro, de ambos errores contrarios. El hombre es síntesis de elementos contrapuestos: es sentimiento corpóreo y en cuanto tal un ser de la naturaleza, pero es también espíritu en tensión hacia lo infinito gracias a la presencia del ser como Idea. Es una síntesis ontológica primitiva de sentimiento vital corpóreo y de sentimiento intelectual, de vida y existencia, a lo que hay que agregar el sentimiento volitivo, la tendencia a unirse al ser en su infinitud. Dicha síntesis constituye un desequilibrio esencial, ya que plantea una tensión permanente entre la finitud del ser-en-el-mundo y la aspiración a lo infinito, que no puede negarse sin degradar al hombre.

Por el espíritu el hombre puede y debe personalizar la vida que también es. Entre los seres de la naturaleza solamente el hombre es persona, es decir un ser que puede afirmarse a sí mismo como existente. El espíritu es actualidad, un finito que por su tensión hacia lo infinito es también potencia de ser —no ser en potencia— y de dar ser. Por su sentimiento el hombre es finito, pero la Idea del ser que lo constituye como ser inteligente y que es a la vez objetiva e infinita, le está indisolublemente unida mediante el acto de inteligir. El espíritu no es él mismo infinito, pero lo infinito le está presente. De ahí que todos los actos naturales del hombre queden traspuestos, es decir tras-naturalizados, ya que son también actos de un espíritu. El espíritu personaliza todos los aspectos del hombre, actualizándolos por su relación dialéctica con el ser, que le está presente como Idea. Lo natural se tras-naturaliza en el hombre gracias a su ser persona. Y

la presencia del acto objetivo del ser en su inteligencia es a la vez garantía de la indestructibilidad del espíritu y argumento de conveniencia para la resurrección, ya que el acto personal del espíritu, por el cuerpo, da a la vida en este mundo una finalidad trascendente.

La muerte no es entonces un simple hecho de la naturaleza sino un acto del espíritu. Por eso la inmortalidad es personal o no es. La inmortalidad es supervivencia a esta vida, no perpetuidad en el tiempo, ni «infuturación», como solo pueden proponer el naturalismo y el historicismo respectivamente. Ambas posiciones disuelven el desequilibrio que es el hombre a favor de su finitud y hacen que el hombre sea menos que hombre. Para no ser menos que hombre la actitud ante la muerte no puede ser, principalmente, aceptación de lo irremediable sino que debe ser vista como una victoria metafísica. Y también como una liberación, ya que permite el cumplimiento de fines que la vida no puede satisfacer. Aunque es más frecuente tomar al hombre por menos de lo que es, también cabe exaltarlo indebidamente, identificando su conciencia con el Espíritu Absoluto, al modo por ejemplo en que Hegel entiende que el Espíritu se hace autoconsciente en cada espíritu finito, al que sacrifica en aras de su desarrollo en la historia. Pero una operación así degrada tanto a Dios como al hombre, quien quedaría reducido, a pesar de todo, a su manifestación histórica y, por consiguiente, a menos que hombre.

Sciacca propone tres clases de argumentos sobre la inmortalidad: el metafísico, el psicológico y el moral. Los dos últimos reciben su fuerza del primero, que se apoya en la naturaleza del espíritu anteriormente esbozada, ya que propuestos independientemente se reducen a una expresión de deseo o a una mera exigencia sin fundamento.

En su tratamiento del problema del suicidio, el autor resalta la lúcida distinción de Sciacca entre razón ética e inteligencia moral. La razón ética considera un fin natural en el hombre y puede incluso entender el suicidio como algo bueno. La inteligencia moral, en cambio, mide el valor de cada acto en relación al Ser infinito. El suicidio consiste en el perderse del hombre, ya en la horizontalidad de su vida mundana, ya en la errónea verticalidad por la que se coloca por encima del mundo intentando adueñarse del infinito. Del primer caso son ejemplos el suicidio por locura, por deseo de prestigio o fama o por motivos estéticos. Del segundo, lo son el suicidio por despreciar u odiar la finitud o por una orgullosa afirmación de la propia libertad. El martirio, en cambio, no es una forma de suicidio ni es contrario a la naturaleza del hombre. Es aceptable para la inteligencia moral, porque el mártir pone su finitud al servicio de lo infinito.

A la luz de las tesis de Sciacca es fácil ver que la comprensión heideggeriana del hombre como ser-para-la-muerte, muerte que sería la posibilidad última que hace vanas todas las otras posibilidades, reduce la muerte del hombre a la de un animal. Es cierto que tanto Sciacca como Heidegger distinguen entre perecer (*vergehen*) y morir (*sterben*). Pero no basta con decir que solamente el hombre muere, si ese morir es el fin absoluto de su existencia. Sciacca ve más hondo cuando advierte que no es posible tener verdadera conciencia de la muerte si no se participa de una existencia que va más allá de esa vida que se abandona. Un puro ser-en-el-mundo no sería capaz de morir, simplemente perecería y una existencia auténtica no podría consistir únicamente en la conciencia de la muerte futura así entendida. La antropología y la ontología de Sciacca revelan la vanidad de la pretendida superación heideggeriana del naturalismo, que quiere reconocer un modo de ser particular al hombre frente a los demás seres vivos sin admitir la dimensión trascendente del espíritu. A pesar de las protestas de Heidegger y de gran parte de la filosofía contemporánea, la muerte no sería un problema para la filosofía si se prescindiera de la inmortalidad. La muerte es un verdadero acto del espíritu, no algo que le ocurra, mientras que el perecer es un hecho y como tal no plantea ningún problema especial a la filosofía.

La rigurosa conclusión que se puede obtener de la filosofía de Sciacca, a la cual este libro conduce con maestría, es la paradoja de que el hombre muere por que es inmortal.

JUAN F. FRANCK

LABÈQUE, Marcelo Horacio, *En busca del Dios de la vida: Una travesía filosófica por el mundo de las religiones*, Buenos Aires, Agape Libros, 2014, 128 pp.

El Doctor Marcelo Horacio Labèque, profesor titular de *Filosofía de la Religión* en la Pontificia Universidad Católica Argentina, nos trae en su último libro una síntesis de su planteo filosófico respecto a la religión, un escrito accesible y significativo no solo para los especialistas en filosofía sino para cualquier persona que tenga un interés en adentrarse en la compleja tarea de pensar la experiencia religiosa. El sugestivo título muestra, desde un primer momento, la intención del autor por develar el sentido humano de la experiencia de Dios, es decir, la significación vital que debiera ser la huella de toda experiencia auténtica de lo sagrado. La tensión epistemológica